

lidad. Muchos, y entre estos tuvimos ocasión de contarnos, se dan á todos los demonios, y hasta sostienen que aquello no es teatro, sino morada de hombres cansados, que anhelan silencio y soledad.

Todo en el mundo tiene remedio,

hasta los insoportables ruidos de Unquera; y nosotros adoptamos uno efficacísimo, que consistió en despedirnos del parador, tomando, al despuntar de un nebuloso día, el camino de Peña-Mellera, remontando el Deva.

VIII

SAN PEDRO DE LAS VADERAS.—PANES.

Aquel río, harto de salmones, es en extremo pintoresco. Todo en él es bonito, el agua y las riberas. Remansada aquélla en algunos sitios, en otros corre con ímpetu, arremolinándose en los hondos pozos, bullendo en graciosas cascadas, y mostrando en su superficie verdosa cambiantes de luz y fajas luminosas, semejantes á estelas de invisibles naves. La tierra ostenta magníficas praderas y bosques de seculares castaños, cuyos deformes troncos, torcidos y patizambos, parecen cuerpos de ancianos inválidos que apenas pueden tenerse; pero en sus ramas muestran tal cantidad de erizos que no se puede

menos de bendecir la senectud fecunda de aquellos Matusalenes cargados de descendencia.

En este valle aparece el verdor de los campos salpicado de piedras y manchas pedregosas, señal de la proximidad de los montes; pero á pesar de esto, el paisaje es sumamente alegre y variado, contribuyendo á ello la amplitud del horizonte y el grandor de los términos.

La carretera ofrece una particularidad notable, y es: su pendiente inútil en la margen izquierda, para bajar después, no existiendo razón que justifique tal trazado. Estos son los inconvenientes de entregar

las obras públicas á ingenieros enamorados, que hacen esclavos de su insensata pasión á los inocentes traficantes y pasajeros; pues según la pública voz, la incomprendible cuesta de San Pedro de las Vaderas, no tuvo otra razón de ser que la existencia de una casa á la cual iba el ingeniero con más frecuencia de lo que sus ocupaciones consentían. Es lamentable que aquel hombre sensible llevara sus desvíos amorosos hasta el punto de obligar á todos los viajeros de Peña-Mellera á pasar bajo las ventanas de una dama. Grande homenaje se debe á la hermosura, pero no tanto.

Panes, humilde pueblo enclavado en territorio de Asturias, nos ofrece dos hileras de casas modestas y alegres, y algunas personas

amables que nos brindan hospitalidad generosa; pero no podemos detenernos, porque la atracción de la Hermida, irresistible como el vértigo de los abismos, nos llama hacia adelante, y es forzoso dar el gran paso antes que decline el sol. Seguimos avanzando, y de pronto todo cambia, país, suelo, ambiente, luz. Parece que se acaba el camino y la tierra, habitable. Enormes piedras altas, flacas, puntiagudas, escuetas, ceñudas, nos salen al paso, mejor dicho, nos lo cierran. Vemos frente á nosotros una horrible boca, una grieta, cuya profundidad se ignora. Vacilamos un instante; pero viendo que el camino entra, entramos también, llenos de asombro los ojos y con algo de miedo en el corazón. Durante largo rato los tres viajeros nos miramos en silencio.

IX

LAS GARGANTAS

Llaman á aquello gargantas; también puede llamársele propiamente el *esófago de la Hermida*, porque al pasarlo se siente uno tra-

gado por la tierra. Es un paso estrecho y tortuoso entre dos paredes, cuya alta cima no alcanza á percibir la vista. El camino, como el río,



va por una gigantesca hendidura de los montes resquebrajados. Parece que ayer mismo ha ocurrido el gran cataclismo que agrietara la roca, y que hoy no han hallado aún las dos empinadas márgenes su posición definitiva. Todo aquello se mueve como si no tuviera base.

La vista no puede convencerse de que aquellas ingentes baldosas que se han puesto de pie puedan permanecer así mucho tiempo. Allí el pánico que precede á los grandes desplomes, es permanente, y el viajero anda en perpetuo susto, porque una cordillera está suspendida sobre su cabeza.

En algunos sitios, la enorme muralla deja de ser vertical y se inclina hacia fuera amenazando; en otros se tiende hacia atrás como para abrir paso; toda la roca es blanca, y en sus agujeros crecen árboles negros. Allí no hay tierra, sino en mezquinos huecos y grietas, y la vegetación se agarra á ella hambrienta y desesperada. Hasta en lo más alto se ven árboles entecos que parecen trepar, asidos unos á otros, poniendo en tierra un pie ó una mano, y en algunos sitios todo se derrumba, plantas y piedras, en espantosa caída.

El rumor del río lento, igual siempre, monótono, acompaña todo el tránsito y se le oye como la respiración de aquel abismo cuyos hondos pulmones mueven una y otra corriente de aire en las caña-

das angostas como las sendas de la virtud. También allí tiene afluentes el Deva. Mira uno á derecha ó izquierda, y ve bajar despeñado, insensato, furioso un arroyo, mejor dicho, un chorro que rompe su cristal espumoso contra mil peñas que á cada paso quieren detenerle. Por otros lados, los arroyos son quietos y mudos, porque son de piedras diversas y cantos rodados que descienden en tropel de las alturas. Les vemos inmóviles como catarata petrificada; pero cuando llueve, ruedan con estrépito confundidos con el agua.

Los recodos y ángulos de esta horrible grieta suspenden y embargan el ánimo. Parece que se acaba el camino y que hemos llegado al último punto de tan angustioso viaje; pero la angostura sin fin da una vuelta y nos muestra algunas varas más de terreno llano, y nuevas murallas, nuevas amenazas de peñones gigantescos colgados del cielo. Allá arriba, en lo más remoto, cuando las montañas no puedan subir más, alargan desnudos picos, manos convulsas que increpan el cielo con terrible gesto; pero no se puede precisar la forma de tan extraña crestería, porque ni siquiera

parece fija, sino movable como un erizamiento de cabellos desgreñados que el viento agita, ó la hinchazón irregular y caprichosa de gigantescas espumas.

Si en algunos lunares del paso no se ve nada más que un muro vertical, en otros las atrevidas torres, los minaretes, los chapiteles y agujas de mil facetas dejan atrás la arquitectura más variada y rica. Bóvedas y grutas se encuentran á cada paso y monolitos inmensos, que parecen hombres gravemente sentados ó dioses reunidos en corrillo. Gran parte de lo que por muchos siglos estuvo en lo alto, se ha despeñado y ha caído al suelo, por lo cual se ven enormes trozos, á semejanza de ídolos rotos que obstruyen el paso del río.

La imaginación se excita y el sublime espectáculo que ven los ojos, se aposenta dentro del cerebro con tanta fijeza, que al fin parece que todo es obra del espectador mismo y que no hay nada sino una grande y tormentosa fantasmagoría de masas en lucha, como las que se revuelven en las angustiosas cavernas de una pesadilla.

Se llega al fin á un punto en que las montañas nos dan algún res-

piro separándose un poco. De su seno pedregoso nace ante nuestra vista un pueblo con media docena de casas y un establecimiento de

baños. Aquí el agua no podría ser fría, ni aun tibia como en otras partes, y mana hirviendo y humeando. Estamos en la Hermida.

X

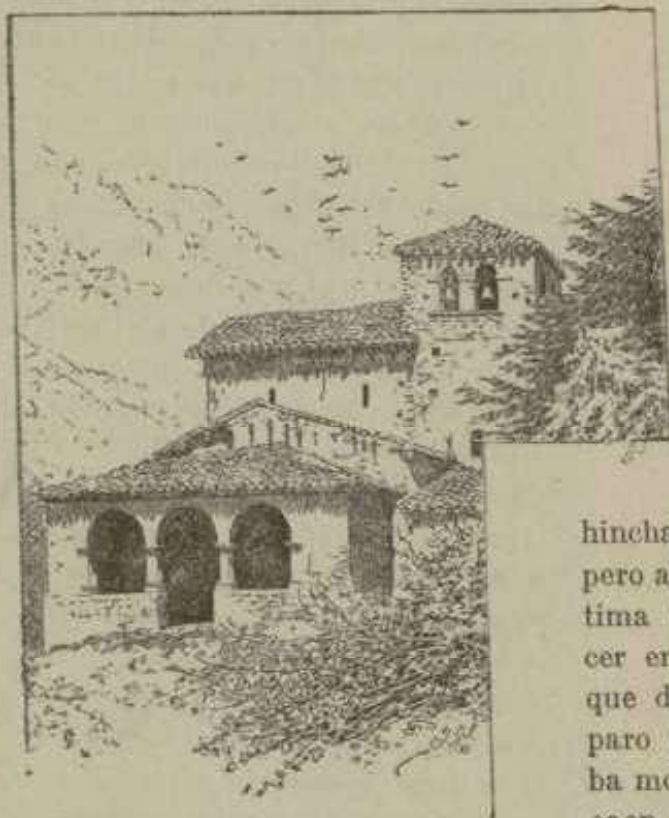
LA HERMIDA.

Cuando se fundó este lugar, debía estar ya ocupada toda la haz de la tierra y no existir un solo pedazo de suelo donde poner la planta. Sólo así se comprende que haya un pueblo en medio de las Gargantas. Verdad es que el rico manantial de aguas termales disculpa este escandaloso lujo de colonización. A la Hermida, durante el verano, suele bajar el sol con gran contento de los vecinos, pobres anacoretas ó quizás hombres llenos de pecados que anhelan limpiarse de ellos con acerba penitencia.

El establecimiento de baños es muy semejante á los que debieron estar en moda en tiempo de nuestro padre Adán. Los bañistas, si quieren serlo, se sumergen á la

intemperie en anchas cubetas, libres de todo miedo á los aires colados. Luego pueden ponerse á secar al sol, como ropa, y si después de esto se curan, ya no tienen razón alguna para dejar de creer en los milagros. Es en verdad muy sensible que perteneciendo las aguas de la Hermida á una persona ilustrada y rica, no exista allí un establecimiento siquiera como los peores de nuestro país. Entonces los manantiales hirvientes serían apreciados en su justo valor, y aquella solitaria Tebaida recibiría visitas de gente sentimental ó enferma, convirtiéndose en lugar de peregrinaciones veraniegas. Tal como hoy está, ofrece la Hermida un ejemplo arqueológico del sistema de termalidad empleado en los

tiempos que llaman prehistóricos, y si esto no carece de encantos



Iglesia de Lobeña restaurada.

para ciertos viajeros, es con la condición indispensable de estar allí poquisimo tiempo, el necesario tan solo para ver cómo se baña la gente y poderlo contar después.

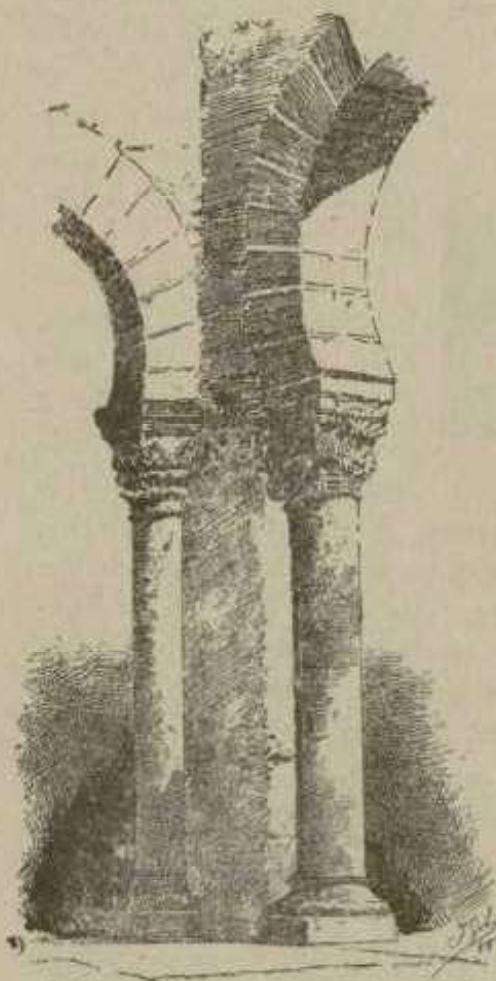
La ermita de San Pelayo es, después de la iglesia de Lobeña, el edificio de más importancia que se

encuentra en todo el trayecto de las Gargantas, no inferior á cuatro leguas. Dificil es saber quién es el santo allí venerado; pero debió de ser hombre muy grande, á juzgar por sus lágrimas, unas piedras mayores que la iglesia.

Lobeña tiene mejor situación que la Hermida. Está en sitio algo más abierto y en un repecho á donde no es fácil pueda llegar el Deva cuando lo

hinchán las aguas de invierno; pero aun así, es muy digna de lástima toda alma á quien tocó nacer en tal pueblo, á pesar de que debe suponérsela bajo el amparo de San Pelayo, que lloraba montañas. Si en verano se le caen á uno encima las dos filas de inmensos peñascos, puede suponerse cómo serán aquellos lugares en invierno, cuando está obscurecido el sol durante meses enteros, cuando los vientos silban dentro de la angosta cañada, soplando en ella como en una corneta, y cuando caen chorros de agua, arrastrando piedras y murmurando imprecaciones por las laderas abajo,

como condenados que van camino del infierno.



LOBEÑA. — *Detalle de los arcos de la parroquia.*

Nosotros pasamos en verano la garganta (también llamada *Hoz de Potes*), y no logramos salir de ella sin que se nos nublase el sol y se

alterara la serenidad del día, haciendo de aquel antro una mansión de demonios. Una de esas tormentas, que tan comunes son en el país cántabro, nos sorprendió en Lobeña, atajándonos el paso; pero en realidad podía perdonarse la contrariedad por la magnificencia del espectáculo y la grandeza del sonido, que nos daba idea de los ecos del valle de Josafat en el famoso día postrero. El que no ha oído retumbar un trueno dentro de las angosturas de la Hermida, no conoce el tono en que habla Jehová por boca de Isaías. El viento, penetrando por un extremo, recorría bramando todo el conducto, y parecía que sacaba de su asiento las deformes rocas. En todas las cuevas y en las grietas todas daba un grito para despertar á los duendes dormidos; pero lo terrible era cuando en mitad de la garganta se encontraba con otro viento que venía furioso por el lado Sur. Chocando uno con otro, como impacientes guerreros, se revolvían allí con estrépito, haciendo remolinos y bufando de rabia, diciéndose las más atroces herejías y desgrenándose con furor, hasta que el uno lograba vencer al otro, le hacía volver



Santa María de Lobeña.

atrás, y después le iba persiguiendo y dándole caza por toda la quebradura, sin cesar de hostigarle con tremendos resoplidos y balbucientes injurias.

También cayó agua; mas no quiso Dios que fuera en abundancia, y pudimos seguir. Comprendíamos lo que será aquello en las noches de invierno, cuando se desgajen en agua los cielos. Entonces seguramente no será fácil el paso, porque las empinadas cumbres de ambos tajos se dejarán arrancar lo que en ellas existe de frágil y movable, y conmovida la informe arquitectura y los góticos picachos, sobre el camino y sobre el río lloverán catedrales.

Por fin volvemos al mundo; por fin nos arroja de sí el formidable monstruo de piedra que nos tragó, y ya Cillorigo nos muestra ancho espacio y tierras extensas donde puede espaciarse la vista. Parece, como he dicho antes, que

despertamos de una pesadilla, ó que volvemos del letargo angustioso de una gran jaqueca. Los derrumbaderos y horribles precipicios de nuestro cerebro se disipan, y la dulce imagen de lo llano, de

lo apacible, de lo apropiado á la planta y á la existencia del hombre llena ¡nuestra mente. Todo te anuncia ya ¡oh deseada Potes! villa ilustre y señora de estos agrestes montes.



Campanario de una iglesia en Liébana.

POTES

Preceden á este singularísimo pueblo grandes viñedos en laderas no muy frondosas. Los bosques se ven allá lejos, más allá de las alturas donde tiene su atalaya vigilante el buen Santo Toribio. Potes se vanagloria de poseer en su reducido término toda la flora de España. Sus viñedos dan un mosto mejor que el mejor chacolí, fresco y puro como Burdeos. Sus olivares dan aceitunas como judías, y sus garbanzos, menudos como perdigones, son sabrosísimos sobre toda ponderación. Pero la gloria de Potes está principalmente en sus jamones, que, si no llegan á los de Trébedes, superan á lo mejor de Westfalia é igualan al nobilísimo estirpe de York. Todo allí es bueno, aunque pequeño. El queso lebaniego, que se vende en los mercados de los lunes, es semejante en picor y horrible fragancia al más celebrado Roquefort.

La villa es indescriptible, pues no hay fórmulas á propósito para pintar las casas jibosas de la calle principal, estrecha y negra como

alma de usurero. Hay, sin embargo, algunas hermosas casas solarietas, y la plaza de soportales es



Hoz de Potes.

no solo transitable, sino buena y casi casi bonita. Desde allí se ve un torreón señorial de agradable aspecto y la grandiosa perspectiva de la montaña, cuyos grandes y escuetos picos blancos parecen dedos que están tocando el cielo.

«Allí están los osos,» le dicen á uno; pero muchos de los que hablan de estos animales no los han visto más que en sueños.

La villa, lo mismo que sus habitantes y los campesinos de Liébana que se reúnen en ella los do-



Ruinas de un templo.

mingos, no tienen semejanza ni parentesco alguno con los montañeses. La fraternidad administrativa no puede quitar á Potes su fisonomía absolutamente leonesa. Se ve en todo un sello y un colorido singular que no pueden expresarse fácilmente sino diciendo que

no está aquel país bajo el imperio de la vaca, sino bajo el de la oveja. Una de las cosas que más llaman la atención en esta villa es el predominio de la lana negra en los trajes de hombres y mujeres, en los sacos de trigo, en las telas burdas que venden y hasta en los

cordeles con que atan sus mercancías. El día de mercado, cuando se mira la plaza desde los balcones de la fonda, parece, según la expresión de uno de mis compañeros

de viaje, que se ha derramado un tintero sobre aquella.

El grande y más legitimo orgullo de Potes es haber sido cuna del insigne artista Jesús Monasterio.



POTES

XII

BASTA

Ha llegado la hora de desandar lo andado, poniendo fin por ahora á nuestra expedición. Otra vez será más larga, y arrancando de esta

villa de Potes no terminará sino allí en el más alto pico practicable de las Peñas de Europa, donde se forja el rayo y están en aecho las

tempestades, aguardando el momento en que viven más divertidos los hombres para caer sobre ellos.

Volvemos á recorrer la Garganta de la Hermida, y la pasamos á la luz de la luna, que la alumbra con tristísima claridad, asemejando los tajos á gigantescos sepulcros de siglos, donde duermen el sueño eterno las edades pasadas. Pernoctamos en Panes, saludamos de lejos á Unquera, deseando muy buenas noches á los que se albergan en el parador, y pasado el río Nansa y los dos puentes de San Vicente, llegamos á la bifurcación del camino. Preferimos el del interior y visitamos á Treceño, Cabezón de la Sal, Casar de Periedo, Barcenaciones, Quijas y otros amenos lugares de esta deliciosa comarca, la más risueña de toda la Cantabria occidental.

He descrito á grandes rasgos este viaje, tan solo por complacer á cariñosos amigos montañeses, y seguro de que no podría en manera alguna reproducir en el lenguaje escrito las bellezas y el inmenso atractivo del país cantábrico. Después de hecha la prueba, siento que mi primera resistencia

hubiera enflaquecido, cayendo en la tentación de probar fortuna. Tiene la provincia de Santander grandísimo estorbo para escribir acerca de ella, y es que los eminentes literatos montañeses han explotado con singular destreza cuantos elementos atesora, no dejando nada para los intrusos. Esto debe poner gran recelo al ánimo de todo el que quiera escribir de cosas santanderinas.

La naturaleza y el suelo todo de la Cantabria ha sido descrito con poético y gallardo estilo por el insigne escritor D. Amós de Escalante, y las costumbres rurales y urbanas de tan encantador país, han sido pintadas magistralmente por la inimitable y seductora pluma de D. José María de Pereda, á cuya generosa amistad debo las delicias de este viaje, realizado en su grata compañía, juntamente con la del Sr. D. Andrés Crespo.

En lo relativo á erudición y arqueología montañesa, hay muchos y muy buenos escritos del mismo Escalante, de Asas, de Ríos y Ríos, de Menéndez, de Leguina, Casa-Mena y otros. De modo que para los advenedizos queda muy poco. Bien sé, pues, que no añado

nada, absolutamente nada á lo que los montañeses saben de su país, y que muy poco enseñó á los ex-

traños que no lo conocen; pero no estaba en mí escoger la prueba de consideración más apropia-



D. JOSE MARÍA DE PEREDA.

da á preciosas amistades de aquella tierra, y he tenido que tomar ésta que fácilmente se me venía

á la mano y cuyo único valor consiste sólo en la gratitud que representa.